

TÁCTICA DE LAS BATALLAS CIDIANAS: LA CARGA DE CABALLERÍA

Carlos Manuel MENDOZA PÉREZ¹

RESUMEN

El aspecto militar del Cid campeador no ha sido tratado por los historiadores en la misma profundidad que otras facetas de su vida. Sin embargo, la eficacia en la guerra del Cid es su cualidad más relevante y origen de su leyenda. Este estudio intenta analizar las tácticas que utilizó El Cid en la batalla, especialmente la carga de caballería. Su ámbito se limita a las batallas campales sin entrar en otro tipo de operaciones militares.

PALABRAS CLAVE: *Campidoctor*. Carga de caballería. Lanza enristrada. Hueste permanente. Liderazgo. Tornada.

ABSTRACT

The historians have not studied the military side of *El Cid Campeador* in the same depth as other aspects of his life. However, Cid's outstanding

¹ Coronel de Caballería (DEM). Regimiento de Caballería «España» n° 11. Base San Jorge, Crta. de Huesca Km 6,5 (50110-Zaragoza). cmenper@et.mde.es

performance in war is his most relevant feature and the origin of his legend. The aim of this paper is to analyze the battle tactics applied by *El Cid*, in particular it is focused on the cavalry charge. The scope of this study is limited to pitched battles without entering in other military operations.

KEYWORDS: *Campidoctor*. Cavalry charge. Couched lance. Permanent retinue. Leadership. *Tornada*.

* * * * *

1. LA VERTIENTE MILITAR DEL CID ¿UN ASPECTO OLVIDADO?

La figura del Cid ha sido objeto de innumerables estudios, trabajos académicos, publicaciones, artículos de divulgación, libros, novelas, películas, series televisivas e incluso comics. En todos ellos queda patente su habilidad excepcional para la guerra pero raramente el estudio de esta cualidad es el propósito principal de sus autores. El coronel e historiador José María Gárate Córdoba publicó en 2006 un artículo en la revista *Ejército* titulado «La historia militar elude al Cid»² en el que se refleja ese desinterés por el aspecto puramente militar, comenzando por D. Ramón Menéndez Pidal, sin duda el mayor estudioso, divulgador y apologista de la figura del Cid. En el artículo el coronel Gárate esboza un análisis táctico del Cid que, en realidad, es un resumen de un trabajo suyo anterior y más extenso publicado en la *Revista de Historia Militar* en 1964³.

Sin embargo, en julio de 1999 el profesor García Fitz había presentado la ponencia «El Cid y la guerra»⁴ en la que hizo un exhaustivo análisis de los aspectos militares de la figura del Cid, profundizando en la táctica y estrategia empleada en sus batallas y campañas. Esta ponencia será la base

² GÁRATE CÓRDOBA, José María: «La historia militar elude al Cid», en *Revista Ejército*, n.º 825, año 2006.

³ GÁRATE CÓRDOBA, José María: «Introducción a la táctica del Cid», en *Revista de Historia Militar*, n.º 15, año 1964. En este artículo no sólo analiza la táctica del Cid sino que propone una teoría sobre el autor, o más bien uno de los autores, del *Cantar de Mío Cid* que pudo ser un miembro de su hueste con responsabilidades en la administración e intendencia de la misma. La precisión del *Cantar* en el número de componentes de la hueste cidiana en cada momento y en el reparto del botín avalarían su propuesta.

⁴ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999, pp. 383-418. Ayuntamiento de Burgos, 2000.

firme y punto de partida de este trabajo que pretende profundizar algo más en algunos de los aspectos ya expuestos por el profesor García Fitz sobre la táctica que dio la victoria al Cid en sus batallas.

El profesor Alberto Montaner también presentó una ponencia en el mismo congreso analizando la batalla del Pinar de Tévar⁵. Posteriormente publicó detallados estudios sobre otras batallas cidianas, Morella y Cuarte, analizando cuidadosamente las fuentes originales y contrastándola con la geografía real⁶ como lo había hecho con la del Pinar de Tévar.

Además podemos encontrar referencias a táctica y estrategia cidiana en las últimas obras generales sobre el héroe castellano, especialmente en Fletcher⁷ y Porrinas⁸.

En este artículo se analizarán desde un punto de vista tanto histórico como militar los procedimientos tácticos más relevantes que utilizó el Cid en los numerosos combates y batallas en los que participó, destacando entre ellos la carga de caballería. No se estudiarán en detalle las batallas cidianas, analizadas en otras obras como la referida de Alberto Montaner. Se basará en las escasas fuentes documentales de la época que han llegado hasta nosotros y en los estudios académicos citados.

2. EL CID, GENIO DE LA GUERRA

2.1. Un líder militar excepcional

Tanto si tomamos como referencia las obras generales como cualquiera de las citadas anteriormente, podemos constatar que el Cid obtuvo la victoria en todas las batallas, que nunca fue derrotado y que sus campañas alcanzaron los objetivos estratégicos que se había propuesto. Su condición de líder militar excepcional está fuera de toda duda. El *Carmen Campidoctoris*⁹, una de las principales fuentes originales, comienza exponiendo la

⁵ MONTANER FRUTOS, Alberto: «La batalla de Tévar», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000.

⁶ MONTANER FRUTOS, Alberto y BOIX JOVANÍ, Alfonso: *Guerra en Sarq Al'Andalus: Las batallas cidianas de Morella (1084) y Cuarte (1094)*. Instituto de Estudios islámicos y del oriente próximo. Zaragoza, 2005.

⁷ FLETCHER, Richard (1989). *The quest for El Cid*. Oxford University Press. Oxford-New York, 1991.

⁸ PORRINAS, David: *El Cid, historia y mito un Señor de la Guerra*. Desperta Ferro ediciones. Madrid, 2019.

⁹ BODELÓN, Serafín: «Carmen Campidoctoris: Introducción, edición y traducción», en *Archivum, Revista de la universidad de Oviedo*, n.º 44-45, septiembre, 1994.

pretensión del poeta de ensalzar las «innumerables» hazañas militares del Cid. Pero sin duda son las palabras de Ibn Bassam, historiador musulmán que no escatima adjetivos desfavorables a quien considera un enemigo, las que mejor reflejan su habilidad militar¹⁰:

«Por su actuar con destreza, sus dotes de entereza y su intrepidez era uno de los prodigios de su Dios.....había vencido a grupos de cristianos combatiendo alguno de sus jefes en varias ocasiones como a García el boquituerto y al jefe de los francos (el conde de Barcelona) y a Sancho Ramírez (de Aragón) mellando el filo de sus tropas y dando muerte con su poca mesnada a numerosos soldados».

La excepcional habilidad táctica del Cid que le permitió salir siempre airoso en cuantos combates, batallas y campañas intervino a lo largo de una vida militar que comenzó en su adolescencia y finalizó cuando ya había entrado en la cincuentena, está fuera de toda duda. Asombró a sus coetáneos, amigos y enemigos, y es la principal causa de su paso a la posteridad. Nos referimos a la capacidad de liderar ejércitos en la batalla, seguir una táctica para derrotar a los enemigos y diseñar una estrategia para alcanzar sus objetivos mediante campañas prolongadas en el tiempo. Tanto el *Carmen Campidoctoris* como la *Historia Roderici*¹¹ nos dan cuenta además de sus habilidades con las armas como guerrero individual, particularmente en su juventud:

Carmen campidoctoris VII
Este fue su primer combate célebre
Cuando adolescente venció al navarro
Por boca de los valientes se llamó
Campeador

*Historia Roderici 5*¹²

«Así creció Rodrigo y se convirtió en guerrero muy fuerte y campeador en la corte del Rey Sancho. En las batallas que el Rey libró con el rey Alfonso en Llantada y Golpejera donde le venció, Rodrigo Díaz llevó el pendón real del Rey Sancho y se destacó y sobresalió entre todos los soldados de su ejército.

¹⁰ VIGUERA MOLINS, María Jesús (1999). «El Cid en las fuentes árabes», en *Actas del Congreso Internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999, pp. 55-82. Ayuntamiento de Burgos, 2000.

¹¹ BODELÓN, Serafín: «Carmen Campidoctoris: Introducción, edición y traducción», en *Archivum, Revista de la universidad de Oviedo*, n.º 44-45, septiembre, 1994, p. 361.

¹² FALQUE, Emma: «Traducción de la Historia Roderici», en *Boletín de la institución Fernán Gonzalez*, n.º 201, 1983, pp. 339-375.



Fotograma de la película *El Cid* (1961), dirigida por Anthony Mann y protagonizada por Charlton Heston (imagen de: de www.imdb.com). Un líder militar extraordinario: la figura del Cid ha atravesado mil años de historia y aún goza de popularidad en nuestros días. Su excepcional desempeño militar es la base de su fama multiseccular

Cuando el Rey don Sancho puso cerco a Zamora, se dio el caso que Rodrigo Díaz, luchó sólo contra quince soldados del bando contrario que le atacaban, siete de los cuales iban armados con lorigas, de estos mató a uno, hirió y derribó en tierra a dos, y a todos los demás los puso en fuga con ánimo decidido. Después luchó con Jimeno Garcés, uno de los mejores de Pamplona y le venció. Luchó también con igual suerte con un sarraceno en Medinaceli al que no sólo venció sino que mató».

Esta faceta de guerrero individual, esencial en el romance posterior *Las mocedades del Cid*, ha captado más la atención de las películas y obras similares que de los estudiosos de su historia. Sin embargo es una pieza fundamental de la interpretación de su habilidad táctica objeto de este estudio como se verá más tarde.

En la narración de la *Historia Roderici* además nos revela que llevaba la enseña real en las batallas que libró el Rey Sancho. Ello implica una gran habilidad como jinete, puesto que tendría que sostener el pendón y las riendas con una mano, quizás también el escudo, mientras empuñaba la espada con la otra. Pero sobre todo implica una gran confianza del rey en el combatiente que le acompaña, a un costado y ligeramente retrasado, cuya habilidad con la montura y las armas es fundamental para su propia seguridad.

2.2. *Campidoctor y Campeador*

En los textos reseñados anteriormente parece que es precisamente en atención a sus dotes en el manejo de las armas los que le valieron el sobrenombre de *campeador*. La *Crónica de Veinte Reyes* y la *Primera Crónica General* lo retrasan hasta la batalla de Cabra que lo enfrentó a una hueste castellana liderada por García Ordoñez que defendía los intereses del rey taifa de Granada¹³: «*De ahí en adelante llamaron moros y cristianos a este Rodrigo Díaz de Vivar el Cid Campeador que quiere decir batallador*». David Porrinas estudió en profundidad la cuestión del sobrenombre cidiano¹⁴, llegando a la conclusión que se refiere a su condición de *Señor del Campo de Batalla*, es decir, a su excepcional habilidad en la batalla campal. Indudablemente ese fue el significado último del término castellano *campeador*, traducido en los escritos árabes por *Qanbiyatur*. Tanto la *Historia Roderici* como el *Carmen Campidoctoris*

¹³ PORRINAS GONZÁLEZ, David: «Una interpretación de *campeador*: el señor del campo de batalla», en *Norba. Revista de Historia*, Vol. 16, 1996-2003, pp. 257-276. Cita 72 en la página 275.

¹⁴ *Ibidem*.



El Cid fue un consumado maestro en el manejo de las armas, vencedor de varios combates singulares como los que le enfrentaron al navarro Jimeno Aznar o a un sarraceno de Medinaceli

utilizan el término latino de *campidoctor* que pudiera ser la traducción al latín de Campeador o el término original que posteriormente se castellanizó. Como el propio Porrinas menciona, Richard Fletcher «sostenía que el significado literal *campi doctor* es maestro de campo (militar) instructor de prácticas militares, habiendo sido utilizado en ese sentido en época tardorromana», aunque no se explicaba convincentemente su aparición en España. Fletcher se plantea la posibilidad de que el autor del *Carmen Campidoctoris* podría haber descubierto y puesto en uso originalmente el término.

El libro más conocido de táctica militar durante toda la Edad Media, *Epítome de Re militari* de Flavio Vegecio, nos puede dar una pista. No sabemos hasta qué punto sería conocido en la Plena Edad Media por los caballeros, pero es muy probable que existiesen copias de esta obra en los monasterios¹⁵ y es posible que alguien cercano a la corte castellana hubiese tenido acceso a ellos. En el *Re militari* aparece el término *campidoctor* en sus diferentes declinaciones, en un total de cinco ocasiones¹⁶. Aunque en la época en que escribía Vegecio el *Campidoctor* tenía otras funciones de mando añadidas o relacionadas con su carácter de instructor¹⁷, la primera referencia que hace a este cargo en el capítulo XIII de su obra se refiere precisamente a esta función: «*Praeterea illo exercitii genere, quod armaturam uocant et a campidoctoribus traditur; inbuendus est tiro; qui usus uel ex parte seruatur*» («a los reclutas deben recibir instrucción de esgrima de los **maestros de armas**, como algunos practican en nuestros tiempos»). Esta acepción de *Campidoctor* como maestro de armas concuerda mucho más con su primer uso en la *Historia Roderici* («*Campi doctus in aula Regis Sanctii*»¹⁸). Esta frase no parece ajustarse al significado de «señor del campo de batalla», además todavía no había tenido la oportunidad de dirigir de manera autónoma ningún enfrentamiento. No habría que entender que Rodrigo, por su edad, fuese

¹⁵ NICOLLE, David: *Medieval Warfare Source Book. Warfare in western Christendom*. Brockhampton Press. London, 1995, p. 252, «*The encyclopedist Habanus Maurus wrote an update extract of Vegetius for the carolingian emperor Lothar III in the 9th Century*». CONTAMINE, Philippe (1980): *La guerre au Moyen Âge*. Presses universitaires de France. París. «On trouve un Végèce dans la bibliothèque du duc Evrard de Frioul au IX siècle».

¹⁶ FLAVIUS VEGETIUS, Renati: *Epitoma de rei Militari*. Recuperado de: www.TheLatinLibrary.com/vegetius

¹⁷ RANCE, Philip (2007): «Campidoctores vicarii vel tribuni. The Senior Regimental officers of the late Roman Army and the Rise of the Campidoctor», en Ariel S. LEWIN and Pietrina PELLEGRINI (edd.), *The Late Roman Army in the Near East from Diocletian to the Arab Conquest*. Oxford, 2007, pp. 395-409.

¹⁸ Anónimo. *Historia Roderici o Gesta Roderici campidocti* recuperado de: www.academialatin.com/textos-latinos/historia-roderici

el instructor de armas en la corte de Sancho pero sí el más habilidosos en el manejo de ella, y muchas veces el ejemplo de otros compañeros, y pudo ganarse así el apodo de *campidoctor* de alguien culto que conociese el término a través de la lectura de Vegecio. Por supuesto existe la posibilidad de que el origen real del sobrenombre fuese el que mantiene Porrinas y que tanto los autores de la *Historia Roderici* como del *Carmen Campidoctoris*, que estarían familiarizados con los escritos de Vegecio u otro autor latino que mencionase este cargo militar, tradujesen el nombre de Campeador al latín *campidoctor* y le asignasen el significado que tenía en las legiones del bajo imperio romano^{19 y 20}.

En cualquier caso, esta confusión se explica porque Rodrigo Díaz de Vivar era tan acreedor al título de maestro en el manejo de las armas como al de «Señor del Campo de Batalla», significado último que perduraría en la mentalidad popular. Como veremos posteriormente ambos están más relacionados de lo que puede parecer a simple vista.

3. EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

En su estudio «El Cid y la guerra» el profesor García Fitz analiza las fuentes primarias que nos han dado a conocer la historia del Cid y expone el problema de la veracidad de las mismas y, sobre todo, de la mayor o menor cercanía de la fecha de redacción a los hechos narrados. Siguiendo sus conclusiones tomamos como fuentes fiables los dos textos latinos (*Carmen Campidoctoris* e *Historia Roderici*) y las principales fuentes árabes (Ibn Bassam e Ibn Al Qama). Como no podía ser de otra manera en la época en que fueron escritos, tanto unos como otros adolecen de falta de imparcialidad, halagadores los textos latinos, muy desfavorables los árabes. Los primeros describen con fidelidad suficientemente contrastada

¹⁹ MONTANER, Alberto y ESCOBAR, Ángel: *Carmen Campidoctoris o poema latino del campeador*. Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, 311 pp. (Mitos Universales de la Literatura Española: Biblioteca Complementaria). Tras examinar este problema, los autores concluyen (p. 10) que «En consecuencia, todo indica que el *Campidoctor del Carmen* es un término erudito que recubre en realidad una voz romance bien documentada, *Campeador*».

²⁰ Este debe ser el caso del *Carmen Campidoctoris* cuando nos dice que el rey Sancho se proponía asignar a Rodrigo de Vivar el cargo de jefe de la primera cohorte (X. Quem sic dilexit Sanctus, rex terre, iuuenem cernens adlata subiré, quod principatim uelit illi prime cohortis dare). Vegecio también menciona tres veces la Prima cohortis como unidad de vanguardia de la legión Evidentemente no existía una organización en cohortes, ni en ningún otro tipo de unidad más o menos fija, en los ejércitos medievales hispánicos, pero el autor hace ese título romano equivalente a otro cargo en la jerarquía medieval, probablemente el de Jefe de la hueste real.

la trayectoria histórica del Cid, pero les falta detalle en la mayor parte de los acontecimientos descritos. No es el caso de los textos árabes, pero el detalle se limita casi exclusivamente al cerco y toma de Valencia. El *Cantar del Mío Cid* no es tenido en cuenta como fuente histórica por los autores más recientes, aunque pocos se resisten a mencionar algún pasaje de esta obra. Fletcher resalta tres principales características del Cid representado en el CMC que pueden considerarse «rasgos ideológicos» que afectan a su objetividad histórica: el carácter distintivamente castellano, su compromiso inequívocamente cristiano y su inquebrantable lealtad al Rey. De este modo se explican cuestiones como el soslayo del periodo en que el Cid estuvo al servicio de los reyes hudíes de Zaragoza y su silencio sobre la incursión en la Rioja o los enfrentamientos con las huestes aragonesas de Sancho Ramírez. A este sesgo ideológico hay que añadir las exigencias «de guión» de un poema destinado a ser cantado, y quizás someramente representado, en plazas y calles castellanas. La historia se simplifica para ofrecer una continuidad cronológica y geográfica: el Cid sale de Burgos al destierro y va remontando los valles del Henares, Jalón y Jiloca hacia el este hasta caer en el Mediterráneo y conquistar Valencia. Se cambia la cronología e incluso se trasponen hechos en un momento y lugar diferentes a los que corresponden realmente para ofrecer a los espectadores una historia más compacta y fácil de seguir. Además se añaden episodios de gran dramatismo como la afrenta de Corpes o se magnifica el papel de Minaya en las hazañas cidianas. Sin embargo el *Cantar de Mío Cid* ofrece paisajes que por su precisión geográfica, realismo y coherencia táctica deberían ser considerados como un anacrónico ejemplo de «novela histórica» en caso de no estar narrando hechos acontecidos en la realidad²¹. Sobre este asunto, Porrinas²² considera que «*se da la paradoja de que deforma la realidad, también, con respecto a la imagen de la guerra practicada por el Cid histórico, al tiempo que cristaliza un evidente verismo en relación con las formas de hacer la guerra propias del campeador y las del momento de composición de la obra*». Así por ejemplo, la correría sobre el Henares o la campaña de Alcocer. En el primer caso señalamos que la *Historia Roderici* recoge una incursión real del Cid en esa zona en 1081 y no es posible que el autor del cantar se inspirase en algún acontecimiento posterior al Cid porque la zona en que transcurre pasó definitivamente a poder castellano poco después de ese

²¹ Supondría que el autor tiene una clara noción de la táctica empleadas en su época y las describe con una geografía y precisa pero en una situación figurada con personajes tanto reales como ficticios.

²² PORRINAS, David (2019): *El Cid, Historia y mito un Señor de la Guerra*. Desperta Ferro ediciones. Madrid, p. 304.

año. En el caso de Alcocer se han identificado restos arqueológicos que atestiguan la existencia de esa ciudad y, posiblemente, del otero en que se asentó el Cid, aunque no hay ninguna otra fuente que recoja ese episodio. En este caso si sería posible que una parte de la narración, en concreto la batalla campal, proceda de la trasposición de otro acontecimiento similar conocido por el narrador, bien teniendo al Cid como protagonista o a otro caballero aunque en este último caso es difícil justificar por qué no nos ha llegado una historia similar de sus hazañas.

García Fitz²³ estudió en profundidad las acciones bélicas recogidas en el Cantar. En su opinión, esta obra puede ser considerada como una fuente histórica relevante para el estudio de la guerra en los reinos hispánicos durante los siglos XII y XIII. Pero no porque las acciones narradas en él sean reales, algo que muchos estudiosos ponen en duda, sino porque refleja de manera realista las formas de hacer la guerra en ese tiempo. En mi opinión, podría haber otras explicaciones a este verismo parcial del cantar. Una de ellas sería, admitir la hipótesis de una autoría múltiple, siendo uno de los autores alguien que estuvo muy cercano al Cid como sostiene Gárate Córdoba. Por otro lado, si mantenemos que el poema fue compuesto enteramente a finales del siglo XII o comienzos del XIII, quizás habría que considerar la posibilidad de que el autor dispusiese de relatos anteriores procedentes de testigos contemporáneos que narrasen la historia o parte de ella. Fletcher apunta en un pasaje de su libro²⁴ la importancia de las comunidades monásticas en la formación de la épica medieval recogiendo los relatos de caballeros ancianos o incapacitados que se retiraban entre sus muros. Es posible que algún miembro de la hueste cidiana terminase sus días en un monasterio castellano en el que dejó escritos, probablemente dictados a un escribano, sus recuerdos sobre los principales episodios de sus hazañas. Estos relatos habrían sido utilizados posteriormente en la elaboración del poema.

Aunque ninguna de las conclusiones de este estudio se basa exclusivamente en el *Cantar del Mio Cid*, es cierto que esta obra es la que mejor detalla y ejemplifica la actividad guerrera del Cid en el nivel táctico.

²³ GARCÍA FITZ, Francisco. «War in the Lay of Cid», en *Journal of Medieval Military History*, X (2012), pp. 61-87.

²⁴ FLETCHER: op. cit., p. 67, «It is probably correct to envisage the monasteries of this period as containing more than a few incapacitated or elderly knights among the community: assured of comfort and security, surrounded by fellows of their social rank to some of whom they might be related, ideally placed to receive news and gossip, they must have spend their declining years in an agreeable way. Historians of medieval literature are steadily more inclined to stress the role of monastic communities in the formation of heroic epic: against this background of old soldiers re-fighting the campaigns and feuds of the past, hoe right they surely are».

4. GUERRA Y BATALLAS EN LA PLENA EDAD MEDIA

Las batallas han sido el acontecimiento bélico más llamativo en todas las épocas de la humanidad, incluida la edad media. Sin embargo, en esta última época las batallas son hechos extraordinarios y raramente decisivos. Las últimas aportaciones en historia de la guerra medieval han relativizado la importancia de la batalla subrayando, en cambio, aquellas operaciones «*que en realidad constituían la forma habitual de los conflictos: las cabalgadas, campañas de destrucción, desgaste y hostigamiento del adversario, asedios de castillos, bloqueos de ciudades*»²⁵. La gran superioridad técnica de las construcciones defensivas medievales frente a las armas ofensivas hacía que la estrategia se basase en los puntos fuertes, castillos y ciudades fortificadas, de difícil expugnación. Las operaciones militares giraban frecuentemente en torno a la defensa y toma de estos puntos que garantizaban el control del territorio.



Fotograma de la película *El reino de los Cielos* (2005), dirigida por Ridley Scott (imagen de: www.imdb.com). Las operaciones militares en la edad media giraban frecuentemente en torno a la defensa y ataque de los puntos fuertes (castillos y villas fortificadas) que garantizaban el control del territorio. El fotograma muestra una reconstrucción del castillo cruzado del Kerak (actual Jordania) compuesta utilizando imágenes reales del castillo de Loarre (Huesca)

²⁵ GARCÍA FITZ, Francisco: «La batalla en la edad media. Algunas reflexiones», en *Revista de Historia Militar*, n.º 100, 2006, p. 95.

Las estructuras políticas medievales y sus magras bases económicas hacían muy difícil levantar un ejército de entidad suficiente y menos aún sostenerlo en campañas prolongadas. El asedio de castillos y ciudades se convertía en una operación costosa y difícil y la batalla campal una opción muy arriesgada que podría suponer la pérdida del ejército en una sola jornada de combate.

Las operaciones de incursión se convertían en una opción de gran rentabilidad, muy frecuentemente el elemento fundamental de la estrategia militar. La extensa tipología de operaciones de incursión en la edad media (cabalgada, aceifa, algarada, corredura, algazúa, tala, etc.) nos da una idea de la amplitud de su empleo. El objetivo es saquear o destruir los recursos del enemigo, provocando su desgaste mediante la repetición de estas operaciones, al tiempo que se apropia de sus riquezas. Normalmente se evitan los enfrentamientos decisivos y las operaciones prolongadas de asedio. Nos hallamos frente a la paradoja de una estrategia de desgaste conducida mediante acciones tácticas de gran movilidad.

No obstante, en ciertos casos las operaciones militares, tanto incursiones como asedios, desembocaban en una batalla campal. García Fitz²⁶ considera cuatro casos en los que se llegaba a la batalla como consecuencia de otras operaciones:

- 1.– Cuando una fuerza cercada en un castillo o ciudad fortificada decidía, ante la seguridad de no poder seguir resistiendo por más tiempo, efectuar una salida para dirimir el cerco en campo abierto.
- 2.– Cuando una fuerza de socorro intentaba levantar el cerco de un castillo o ciudad propia y el ejército sitiador decidía enfrentarse a él o era sorprendido.
- 3.– Cuando una fuerza que conducía una incursión era alcanzada por el enemigo en una situación desfavorable, habitualmente en el trayecto de regreso.
- 4.– Cuando un ejército decide oponerse a otro ejército que invade el espacio propio con la intención de realizar una incursión o realizar una conquista territorial.

El Cid no es una excepción, la cabalgada también fue su estrategia preferida. Sin embargo, y en esto tampoco es una excepción, son las batallas campales en las que intervino sus acciones más recordadas y aquellas que le valieron la admiración popular contemporánea y alcanzar la posteridad hasta nuestros días. Las batallas en las que intervino se ajustan a la tipología enunciada. La batalla de Cuarte y la de Alcocer, esta última de realidad dudosa, corresponden al primer modelo, una salida desde una ciudad sitiada.

²⁶ *Ibidem*, pp. 100-103.

La batalla de Almenar, al servicio del rey taifa zaragozano, corresponde plenamente al segundo pues el ejército Hudí intentaba levantar el cerco del castillo sitiado por el de la taifa leridana y sus aliados catalanes. La batalla de Bairén correspondería al tercer caso, si bien, la hueste cidiana no regresaba de una cabalgada sino de reabastecer el castillo de Peña Cadiella, situado en el interior del espacio controlado por los almorávides. Tanto por el procedimiento táctico utilizado por la hueste como por el hecho de atravesar territorio enemigo en los trayectos de ida y regreso, la maniobra cidiana se asemeja a una incursión que los almorávides intentaron atajar.

También pertenece al tercer caso la batalla de Cabra en la que el Cid derrotó a la hueste castellana por cuenta del rey taifa de Granada que había entrado en algará en el territorio del rey de Sevilla cuando el campeador cobraba parias a este último.

La batalla de Morella en 1084, en la que el Cid detuvo el avance de al-Hayib de Lérida y Sancho Ramírez de Aragón hacia la imponente plaza fuerte del Maestrazgo corresponde al cuarto caso. En el Pinar de Tevar, seis años después, fue el Conde de Barcelona el que avanzó con la firme intención de expulsar al Cid de las tierras del Maestrazgo, aunque en este caso el Cid intentó eludir el encuentro, sin éxito, refugiándose en el terreno escabroso del Pinar.

5. LAS TÁCTICAS DE LAS BATALLAS CIDIANAS

Todos los autores están de acuerdo en que el Cid intervino en un número inusual de batallas para una época como la medieval en que este tipo de acontecimientos bélicos era raro y un guerrero podía llevar una vida militar exitosa sin participar en una de ellas²⁷. También hay acuerdo general en que venció en todas ellas como se expuso en la introducción. García Fitz se pregunta, en su estudio sobre «El Cid y la guerra», acerca del ¿cómo?, ¿qué tácticas empleó?.

Partimos de que su táctica habitual y preferida es la carga de caballería²⁸. No es algo sorprendente en la Edad Media occidental cuyo modelo militar y social había elevado a la caballería pesada al rango de élite en los dos ámbitos. La carga es el principal modo de empleo, casi único, de la caballería pesada (no

²⁷ CONTAMINE, Philippe: opus citada, p. 379.

²⁸ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000. Después de analizar varias batallas cidianas concluye que «Al menos otras dos confrontaciones campales cidianas reproducen el esquema simple de la batalla de lanzamiento, en el que la carga frontal constituye el único fundamento táctico empleado... tendríamos que adjudicar a la figura del Cid, en tanto que dirigente militar, una notable habilidad en la organización y despliegue de un tipo de movimiento central entre los recursos táctico de la época: la carga de frontals».

de toda la caballería)²⁹. Esto no significa que todas las batallas cidianas se redujeran a una carga, sino que esta constituía la acción decisiva (para las tropas cristianas) que determinaba la victoria o derrota. El Cid fue el jefe del conjunto de su ejército en todas las batallas campales en que participó exceptuando aquellas en que todavía combatía bajo el mando de Sancho de Castilla³⁰ y también en todas ellas lideró personalmente la carga de caballería, lo cual sería suficiente para demostrar el papel decisivo que tenía esta forma de combate en la batalla. Tampoco era algo infrecuente en la Edad Media, de hecho lo habitual en los ejércitos cristianos es que el jefe del mismo también dirigiese la carga. Sin embargo, habría que remontarse a Alejandro para encontrar algo parecido en la Antigüedad³¹. No cabe duda de que la carga cidiana no era en modo alguno una acción simple. No sólo hay que considerar las veces que se alzó con la victoria, sino que además en su enfrentamiento con ejércitos musulmanes, más fuertes en caballería ligera, debía afrontar tácticas específicas que contrarrestaban con eficacia la carga cristiana³² como el torna-fuye (*Karr-wa-farr* en árabe) que atraía la carga hacia una trampa y agotaba su impulso mediante una falsa huida y el envolvimiento por las alas que inutilizaba sus posibles resultados amenazando sus flancos y retaguardia³³. Antes de estudiar las peculiaridades de la carga cidiana es necesario analizar someramente el concepto de «carga de caballería».

5.1. *La carga de caballería*

La carga de caballería es una acción militar que alcanza sus efectos mediante el choque de una masa de jinetes contra otros jinetes o contra la infantería. Ciertamente hay que considerar el extraordinario efecto

²⁹ GARCÍA FITZ, Francisco (1998): *Castilla y León frente al Islam*. Universidad de Sevilla, 2005, p. 389.

³⁰ En la batalla de Almenar estaba presente el emir de Zaragoza Al Mutamín que formalmente lideraba su ejército, pero todo parece indicar que Rodrigo Díaz dirigía realmente las tropas hudies desde un punto de vista estrictamente militar.

³¹ Cesar también dirigió las cargas de caballería en la Alesia aunque esta acción no pueda considerarse la decisiva de la batalla (en realidad asedio).

³² GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V centenario de la conquista*. Servicio de publicaciones Diputación Provincial de Málaga, 1987, pp. 55-72. Pág. 63, «De este modo la movilidad del ejército musulmán se oponía a la solidez de la caballería pesada. La eficacia de esta radicaba en la potencia de su carga. Esta se diluía si los caballeros no atacaban en grupos compactos, de ahí que los musulmanes mediante las técnicas del torna fuy y las provocaciones de pequeños grupos intentasen por todos los medios desgranar la formación de caballeros, desperdigándolos en pequeñas e inútiles persecuciones».

³³ GARCÍA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam*. Págs. 386-7, citando a Ibn Khaldun se describe el torna fuye y el orden de batalla «...dos alas dispuestas para flanquear al enemigo y asaltarlo por la espalda».



Fotograma de la película *El reino de los Cielos* (2005), dirigida por Ridley Scott (imagen de: www.imdb.com).
La carga de caballería era la acción militar característica de los ejércitos europeos en la edad media

psicológico que puede causar sobre el contrario incluso antes de llegar al choque físico. Sin embargo este impacto psicológico es consecuencia directa de la eficacia del choque que depende de multitud de factores. Podemos agrupar los factores intrínsecos que contribuyen a la eficacia de la carga en dos conceptos:

1) Relativos al valor del jinete individual: instrucción de caballo y jinete, valor del caballo para la carga (fuerza, velocidad, aptitud para el combate), armamento, protección de jinete y caballo, etc. En este apartado incluiríamos los valores morales del jinete (arrojo, determinación, etc.), absolutamente esenciales para el éxito de la carga.

2) Relativos al valor de un grupo de jinetes para la carga: grado de cohesión, disciplina, liderazgo y transmisión de las órdenes, adiestramiento conjunto del grupo de jinetes, etc.

Pero, además, la eficacia del choque de la carga depende de la situación táctica en que se produce: la combinación de lugar adecuado y momento oportuno que, normalmente, se inscriben en una táctica más amplia de la batalla en que se produce esta acción. En el caso de que la carga tenga éxito sus resultados finales dependen no sólo del resultado del primer choque sino de la capacidad para mantener su impulso y alcanzar otros objetivos aprovechando la desorganización producida en las filas enemigas o, en su caso, para concatenar cargas sucesivas.

Siguiendo este simple esquema analizaremos los elementos que explican la eficacia de las cargas cidianas.

5.2. *Una nueva técnica en el uso de la lanza*

A lo largo de la Edad Media europea, el caballero acorazado se había impuesto tanto en el campo de batalla como en la escala social. Diversas técnicas se introdujeron en la Edad Media como el arzón en la silla de montar y el estribo que permitían la monta a un caballero pesadamente acorazado con cota de malla y casco, portando un gran escudo y armado con lanza y una gran espada recta. Lógicamente el caballo también evolucionó prefiriéndose caballos de mayor talla y peso frente a otros factores como la resistencia. La Edad Media española no era un caso especial y el caballero cristiano también se equipaba de esa forma. Los musulmanes, en cambio, mantenían la preferencia por una caballería más ligera. Evidentemente la combinación de caballo, protección y armamento convertía al caballero en un combatiente muy caro y de gran rendimiento, pieza fundamental en la organización social medieval.



Dos imágenes con versiones diferentes de los comentarios al *Apocalipsis* de San Juan por el Beato de Liébana. En la primera (Beato de Valcavado, datado alrededor del 970) los cuatro jinetes del apocalipsis cabalgan sin estribos, mientras en la segunda (Beato de Osma, fechado en 1086) los mismos jinetes montan con ellos

En el siglo XI se introdujo una nueva técnica de coger la lanza, apretada bajo la axila³⁴ y dirigida con la mano, que convertía al caballero en un proyectil de gran potencia, ideal para el choque. La lanza también era algo más larga y robusta que la usada anteriormente. Esta técnica sólo era posible con estribos largos y una silla con arzones altos que sostenga al caballero en el momento del choque. Se ha calculado³⁵ que «*De la suma de un caballo de unos 600 Kg (los caballos españoles de esa época pesarían algo menos, entre 400 y 500 Kg., en cambio serían algo más rápidos) y los 100 de un caballero equipado, resulta una masa de 700 kg lanzada a 20 Km/h. Es decir concentra en la punta de la lanza la misma energía cinética que un proyectil de 500 g a una velocidad de 200 m/s (que se estima para un proyectil de artillería del siglo XV)*». Para que esta nueva técnica tenga los resultados deseados es muy importante que la formación de carga sea muy cerrada, con los caballeros muy agrupados. Su eficacia contra la caballería contraria, no tanto contra la infantería, supone una clara ventaja táctica.

Una temprana evidencia histórica del uso de esta técnica en Europa es el tapiz de Bayeux que representa la batalla de Hastings (1066). En él aparecen algunos caballeros normandos, no todos, con la lanza en esa posición. Esta técnica parece haber sido introducida por los normandos, aunque ya era conocida en Asia en época muy anterior. Puede ser que explique en parte los éxitos militares normandos del siglo XI (los más conspicuos serían la conquista de los reinos de Inglaterra y Sicilia). ¿Pudo llegar esta técnica a España en ese mismo siglo? Los intercambios de ideas y cultura en la Europa medieval eran frecuentes y fluidos. Una auténtica comunidad de ideales, un sólo idioma culto, el latín, una sola institución guardiana de la cultura, la Iglesia. Fletcher³⁶ menciona al caballero normando Roger de Tosny, conocido como «Roger el español» que combatió al servicio de la condesa de Barcelona, Ermesinda de Carasona, entre 1020 y 1030. El poeta del siglo XII Robert Wace recoge en su composición *Roman de Rou*³⁷ dedicado a la historia de los duques

³⁴ En la Baja Edad Media se generalizaría el uso de armadura completa, aún más pesada que el equipo descrito. Una pieza de la armadura, el ristre, servía para sujetar la lanza, también más larga y pesada, en posición horizontal. Podemos traducir lanza «couché» por lanza en ristre, aunque aplicarlo al siglo XI implica un cierto anacronismo. El diccionario de la RAE registra el verbo *enristrar* que, en su segunda acepción, significa «*poner la lanza horizontal bajo el brazo derecho para acometer*».

³⁵ CHEVASSUS-AU-LOI, Nicolas (2020): «Le chevalier, un missile au guidage...aléatoire», en *Guerres & histoire. Hors serie Juillet 2020. La Guerre au Moyen Age*.

³⁶ FLETCHER, Richard: op. cit., p. 78.

³⁷ WACE, Robert (siglo XII): *Le Roman de Rou et des Ducs de Normandie*. Eduard Frère Editeur. Rouen MDCXXVII. Recuperado de: www.Gallica.bnf.fr (p. 193).



Detalle del tapiz de Bayeux (imagen de: www.bayeuxmuseum.com/la-tapisserie-de-bayeux/) que atestigua el uso de la técnica de la «lance couchée» (lanza enristrada o acostada) por los caballeros normandos en la batalla de Hastings

de Normandía la escena en que Guillermo el Conquistador monta un caballo de guerra español regalo de un rey de España que había sido traído a Normandía por Sir Walter Giffard, señor de Longueville, peregrino a Santiago tras participar en la cruzada de Barbastro en 1064³⁸. Parece tratarse del caballo negro que monta el conquistador en el tapiz de Bayeux y según el verso del *Roman de Rou* no teme a las armas ni a las multitudes, cualidad esta última muy valiosa para una carga de caballería. En general Los sementales españoles eran muy valorados por los normandos para mejorar sus propias razas equinas³⁹ para la guerra.



Otra imagen del tapiz de Bayeux. En primer plano el Duque Guillermo I «el conquistador» montando un caballo de procedencia española. En segundo plano, cabalgando, el Conde Eustache de Boulogne portando el gonfalon (estandarte o pendón) papal

³⁸ SENAC, Philippe y LALIENA CORBERA, Carlos: *1064, Barbastro*. Gallimard, 2018, pp. 93 y 123, atestigua su presencia en la batalla e incluso que recibió el apelativo de Giffard de Barbastro.

³⁹ HILL, Paul: *The Normans commanders. Masters of Warfare 911-1135*. Pen and Sword Military. Barnsley, 2015, p. 185.

Lo cierto es que el relato de la batalla de Alcocer (cuya existencia no ha quedado reflejada en ningún otro documento) describe perfectamente el uso de esta técnica por la caballería del Cid⁴⁰.

*Embraçan los escudos – delant los coraçones
Abaxan las lanças – abueltas en los pendones
Enclinaron las caras – de suso de los arzones
ívanlos ferir – de fuertes coraçones*

En el relato de la batalla del Pinar de Tévar (atestiguada históricamente) encontramos el siguiente párrafo en la arenga del Cid⁴¹:

*Antes que ellos lleguen a llano – presetémosles las lanças
Por uno que firgades –tres siellas iran vazias*

Sólo la nueva técnica haría posible derribar a tres ensartando al primero, a condición claro de que la formación enemiga sea cerrada y esté alineada.

Aunque no es posible confirmarlo de manera fehaciente, podemos inclinarnos por la hipótesis de que la hueste cidiana utilizó la nueva técnica. No significa esto que lo hicieran en exclusiva o que fuese el Cid el introductor de la misma. Muy probablemente se extendió en esta época entre todos los reinos cristianos de España. Pero sí implica que la que hemos considerado acción principal de la batalla cidiana, la carga de caballería, había adquirido una nueva potencia que la convertía en aún más determinante y resolutiva que en el pasado inmediato.

5.3. Una hueste permanente

El Cid partió hacia el exilio en el verano de 1081. No sabemos cuántos le acompañaban, sólo el Cantar nos da una cifra⁴²: 115 caballeros salen de Burgos. Podemos suponer que un centenar de caballeros es el contingente que el Cid puso al servicio del rey Al-Muqtádir Ibn-Hud de Zaragoza. Quizás creciese posteriormente con otros caballeros castellanos y de otras procedencias pero no serían más de trescientos⁴³. Al menos durante tres años el contingente

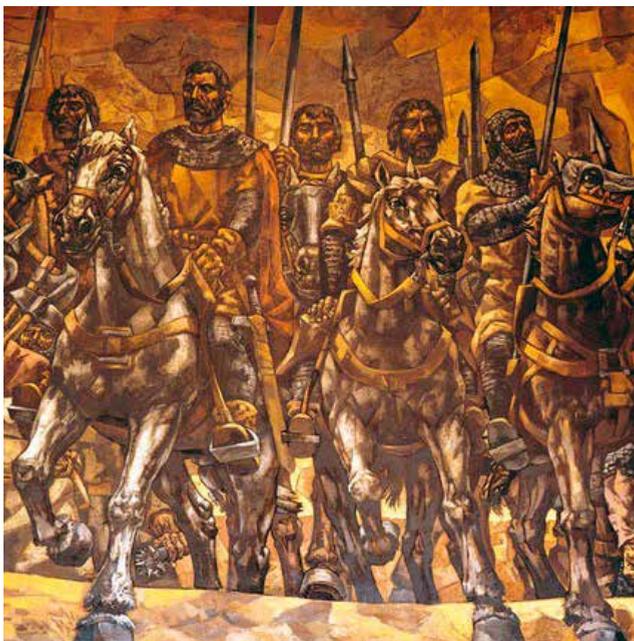
⁴⁰ Anónimo: *Poema del mío Cid*. Espasa Calpe. Colección Austral, edición 1975, p. 64. «*Embrazan frente a los pechos los escudos, enristran las lanzas, envuelven los pendones, se inclinan sobre los arzones, con ánimo de acometer denodadamente*» (prosificación moderna de Alfonso Reyes).

⁴¹ *Ibidem*, p. 88: «*Antes que pongan pie en el llano, den sobre ellos nuestras lanzas, por cada uno que ensartéis, tres sillars quedarán vacías*».

⁴² *PMC*, tirada 17 del cantar del destierro. Ese número irá aumentando progresivamente, al salir de las tierras de castilla ya son trescientas lanzas, sin contar los peones (tirada 21).

⁴³ Una referencia puede ser los cien caballeros que dejó Sancho García en Córdoba para proteger al nuevo califa Sulayman entronizado con su ayuda (MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *Historia del condado de Castilla*. Marcial Pons, 2005, Vol. II, p. 615).

cidiano estuvo en Zaragoza al servicio de su rey, constituyendo el núcleo de élite y fuerza de reacción de su ejército. Durante este tiempo la hueste cidiana se convertiría en una auténtica unidad militar, con su organización, jerarquía, jornadas de instrucción individual en el manejo de las armas y de adiestramiento conjunto en tácticas y procedimientos. El Cid organizaría el reparto de la soldada pagada por el rey zaragozano asegurando ante todo el equipamiento de sus tropas en caballos, armas y otros equipos (cotas de malla, cascos, escudos, etc.), elementos vitales para su eficacia militar que era a la vez su fuente de ingresos. Esta situación, habitual en los ejércitos modernos, era excepcional en la Edad Media europea donde las huestes se reunían sólo para una campaña por un tiempo limitado y cada uno llevaba su propio caballo, equipo, y armamento. Ciertamente, la militarizada sociedad medieval⁴⁴ permitía este sistema pero los ejércitos formados de ese modo siempre adolecerían de una falta de adiestramiento conjunto y una organización y jerarquía estables.



***El Cid camino del destierro*, de la pintura mural de la Diputación provincial de Burgos, obra del pintor castellano Vela Zanetti. Una hueste permanente: desde su destierro de Castilla, el Cid lideró un núcleo de soldados profesionales cristianos que constituían una fuerza de caballería permanente y profesional**

⁴⁴ GARCÍA FITZ, Francisco: «Combatir en la Península Ibérica medieval: Castilla-León siglos XII a XIII. Estado de la cuestión», en *Imago Temporis. Medium Aevum*, n.º X (2016), pp. 383-407 (pág. 383).

Esta permanencia continuada de la hueste cidiana facilitaría a sus componentes alcanzar un alto grado de instrucción individual. Al tiempo dedicado añadimos la aptitud especial del Rodrigo Díaz en el manejo de las armas y el significado primigenio de *campidoctor* como maestro de armas. Además sus caballos, elemento fundamental del caballero como sistema de armas, serían objeto de una exigente doma orientada a su empleo en combate. Pero, sobre todo, la hueste alcanzaría un excelente adiestramiento colectivo en las principales tácticas de la época, especialmente la carga, siempre bajo el liderazgo de quien realmente los conduciría en el combate. La cohesión de la unidad, fundamental para el éxito en combate y absolutamente determinante en la carga, quedaría asegurada tanto desde el punto de vista moral como organizativo. Respecto a los valores mencionados como el arrojo y la determinación, de carácter más individual aunque también pueden reforzarse colectivamente, reafirmamos su importancia esencial en la carga de caballería. Sin embargo no habría una ventaja mayor en la hueste cidiana, excepto el hecho de servir en ella de manera absolutamente voluntaria y deliberada, sin estar sujetos a ninguna obligación previa. El sistema de valores medieval, ese universo moral que llamamos la Caballería plasmado por Ramón Llul⁴⁵, aseguraba una muy alta exigencia personal en esas virtudes a cualquiera que quisiese ostentar la condición de caballero.

Porrinas⁴⁶ también señala esa importancia de la hueste permanente que el Campeador «*durante el tiempo de servicio militar y diplomático a los príncipes de Zaragoza... tuvo la oportunidad de articular, entrenar y comandar*» resaltando muy especialmente su carácter híbrido de cristianos y musulmanes. Esto ocurriría sin duda a partir de la campaña de Morella (1084) en que Rodrigo dirigió un ejército independiente, al servicio de Al-Mutamín pero en un escenario operativo alejado de Zaragoza, que integraría peones, caballería ligera y otros elementos de procedencia mayoritariamente musulmana. Ese sería el germen del ejército que lideraría posteriormente con total independencia. Sin embargo durante su estancia en Zaragoza estimamos que la hueste cristiana «mercenaria», mayoritariamente castellana, mantendría su condición de unidad independiente del resto del ejército zaragozano, quizás con la inclusión de algún elemento musulmán que inicialmente tendría la condición de enlace con él. Esta hueste sería el núcleo duro inicial que el Cid lideró en las cargas que le dieron la victoria en sucesivas batallas. Por supuesto su situación en la taifa zaragozana daría a estos combatientes

⁴⁵ LLUL, Ramón (s. XIII): *Libro de la orden de Caballería*. Alianza editorial. Madrid, 2000.

⁴⁶ PORRINAS, David: op. cit., páginas, XVII de la introducción y 135.



Fotograma de *El Cid* (imagen de: www.imdb.com). El Cid al frente de una fuerza híbrida, compuesta por combatientes cristianos y musulmanes

una excelente comprensión de las tácticas y procedimientos musulmanes y les habituó a combatir junto a ellos. A su líder, Rodrigo, que según la *Historia Roderici* Al-Mutamín colocó al frente de su reino y tomaba en todo consejo⁴⁷, le proporcionaría la habilidad de combinar tropas y tácticas musulmanas y cristianas.

5.4. Liderazgo del Cid: la oportunidad

La carga es una acción táctica cuyo éxito está sujeto a la oportunidad. «*El momento para efectuar una carga es cuando el enemigo no está dispuesto para recibirla, es decir, cuando cambiaba de formación, dejaba sus apoyos, o cuando se detectaba que dudaba o vacilaba... Los escuadrones debían evitar cargar las tropas a pie cuando se encontraban en formación compacta y en estado de usar sus armas*»⁴⁸. El jefe de caballería que va a lanzar la carga debe estar atento a descubrir, basándose en su experiencia y en esa cualidad que los franceses llaman «*coup d'oeil*», el instante fugaz en que se dan alguna de las condiciones propicias para lanzar la carga⁴⁹. Para ello debe tener esa mezcla de arrojo impulsivo y prudencia calculadora que García Fitz observa en la actitud del Cid hacia las batallas.⁵⁰

El Reglamento del Servicio de campaña de 1882⁵¹ decía «*Por eso es tan difícil manejar bien la caballería. Su jefe natural ha de reunir cualidades y aptitudes al parecer irreconciliables; frío, sereno, circunspecto mientras está a la espera y al acecho de coyunturas favorables, y cuando con un ojo rápido y certero las descubre, no pierde instante en aprovecharlas,*

⁴⁷ A pesar del texto literal de la *Historia Roderici*, tenemos que considerar que le puso al frente de su ejército y que el consejo que le tomaba se refería únicamente a asuntos militares, estratégicos y, ocasionalmente, diplomáticos.

⁴⁸ BALDOVÍN, Eladio: «La carga de Caballería», en *Revista Ejército*, n.º 866, 2016.

⁴⁹ DE BRACK, Antoine Fortune (1831): *Avant Postes de Cavalerie légère*. Libraire de troupes de toutes armes. París, 1831 (recuperado de: www.Gallica.bnf.fr/ad_hoc). Obra que describe la vida, procedimientos y táctica de caballería napoleónica de la que el autor fue general. El autor considera las cualidades que debe tener un Jefe de Caballería. Algunas de ellas son: la rapidez y seguridad de su vista (*coup d'oeil*) para abarcar y discernir las fuerzas morales que manda y las que va a atacar, la apreciación fría y exacta de su fuerzas materiales y las del enemigo, la mirada que aborda el terreno en conjunto y en sus menores detalles determinando sus posibilidades tácticas, la rapidez de decisión y de acción, el impulso, la determinación y la sangre fría además del arrojo y ser ante todo ejemplo para sus hombres.

⁵⁰ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID. POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000, p. 393.

⁵¹ Recogido por BALDOVÍN, Eladio: opus citada.

mostrando entonces un valor fogoso que raye en la temeridad». Pero un jefe de caballería que lo es también de su ejército no puede esperar pasivamente que se produzca esa oportunidad, su habilidad táctica como comandante supremo es crearla mediante movimientos de tropas anteriores y aprovechando siempre los accidentes geográficos. No sabemos casi nada de la disposición elegida por el Cid para su ejército en la batalla y muy poco de los movimientos previos. El carácter híbrido que resalta David Porrinas permitía una gran variedad de movimientos tácticos preliminares para un jefe que supiese combinarlos.

Siempre es complejo reconstruir una batalla, pero aún es más difícil en el caso de las batallas medievales y de caballería. Las primeras por la ausencia de fuentes y contradicción entre las existentes y las segundas por la rapidez de los movimientos, las decisiones tomadas en base a la oportunidad y la confusión general de los encuentros. No vamos a analizar en detalle las batallas cidianas, pero sí anotar que en aquellas de las que poseemos información se producen uno o varios movimientos previos que llevan la confusión y el desorden a las filas del enemigo.

En el pinar de Tévar tenemos una acción preliminar en las alturas por parte del conde de Barcelona (motivada por informes de falsos desertores según la *Primera Crónica General*) que le hace dividir sus fuerzas y que son emboscados por fuerzas del Cid (recogido sólo en la *PCG*). En cualquier caso, el Cid responde al cerco de los catalanes con una carga de caballería en un itinerario menos defendido y más inesperado. En la batalla de Cuarte⁵² también las informaciones son contradictorias: se menciona una fuerza que se infiltra hacia el campamento y otro destacamento que primero ataca de frente y después finge una retirada sobre la ciudad. Esta huida fingida es una táctica similar al torna-fuye, pero en este caso no se trata de atraerlos a una emboscada sino de provocar una desorganización en sus filas que sería aprovechada por otro elemento atacando desde una dirección distinta⁵³. Los normandos también emplearon esta táctica en la batalla de Hastings⁵⁴. En cualquier caso se ha producido una previa desorganización del despliegue enemigo antes de que se produzca el ataque principal, sobre la dirección del cual las fuentes⁵⁵ ofrecen diferentes versiones.

⁵² MONTANER, Alberto y BOIX JOVANI, Alfonso: opus citada, pp. 175-204. Los autores ofrecen varias reconstrucciones alternativas de la batalla atendiendo a los diferentes relatos y a la topografía.

⁵³ MONTANER, Alberto y BOIX JOVANI, Alfonso: opus citada, pp. 199-200.

⁵⁴ Hill, Paul: opus citada, p. 129.

⁵⁵ En esto discrepa la *Historia Roderici* que, invariablemente, presenta las batallas cidianas como un choque frontal en el que campeador se impone por su fuerza y valor, muy en consonancia con otras obras literarias medievales contemporáneas.

En el caso de la batalla de Alcocer, únicamente registrada en el *Poema del Mío Cid*⁵⁶, se nos describe una situación curiosa en la que Pedro Vermudez⁵⁷, que portaba el estandarte del Cid, se adelanta a la carga justo después de que este advirtiese a todos que debían mantener las filas hasta que él lo ordenase y tras avisar al Campeador de su intención, a lo que este respondió lógicamente con una negativa cerrada. Es una situación absolutamente inverosímil que contrasta con el realismo de la descripción. No es probable que nadie desafiase el liderazgo del Campeador y menos aún quien portaba su estandarte, que debía acompañarlo en todo momento en la batalla y además no podía estar mandando ninguna fracción de la hueste susceptible de seguirle en su arrancada. En cambio, hace suponer algún tipo de maniobra de engaño con una carga inicial (en términos militares una finta) simulando la principal mediante el estandarte del Cid. Tras producirse la reacción enemiga, el Cid conduciría la carga principal aprovechando el desorden provocado por el ataque anterior y posiblemente un cambio en su formación. Es posible incluso que esta maniobra no fuese comprendida por el poeta que únicamente recordase el hecho singular de que el portaestandarte se adelantase en la carga o que, como en el caso, de la *Historia Roderici* se quisiese preservar el carácter frontal y directo de las cargas del Cid (aunque en otras maniobras no tiene reparos en mostrar la capacidad de Cid para engañar a sus enemigos en el combate).

En todos los casos el Cid emplea varios cuerpos con objetivos distintos y en direcciones diferentes. Tanto en Tévar como en Cuarte difunde previamente rumores falsos: su intención de huir a través de los puertos en el primer caso, la inminente llegada del ejército de Alfonso VI (o del rey aragonés, según versiones). Ambos rumores en cualquier caso preparan psicológicamente al contrario para interpretar erróneamente los posteriores movimientos tácticos cidianos.

El relato de la carga de Bairén, sólo mencionada por la *Historia Rodericim* no parece contener ninguno de estos movimientos previos. La estrecha franja de terreno en la que se ejecutó, entre un castillo y una flota enemigos, tampoco parece dejar lugar a ellos. La *Historia Roderici* nos cuenta que el Cid, al frente de su ejército y acompañado por el rey Pedro I de Aragón, acudió a reabastecer el castillo de peña Cadiella, posición avanzada sobre el valle de Albaida. Muhammad les salió al paso en Játiva con un considerable ejército. Sin embargo no presentó batalla. Játiva domina la principal entrada

⁵⁶ Cabría preguntarse si no está describiendo otra batalla real modificando su lugar geográfico y algunos de sus protagonistas. El hecho de soslayar completamente el periodo en que el Cid prestaba su espada a los reyes de Zaragoza puede explicar esa trasposición.

⁵⁷ *PMC*, tirada 34.

al valle de Albaida por el norte. Esto implica que o bien el ejército cidiano pasó por este punto, defendido por un gran castillo en poder de los Almorávides, antes de la llegada de Muhammad o más probablemente que lo hizo por otro paso más al este y que Muhammad prefirió no atacarle mientras estaba en el llano y decidió esperar su regreso cerrando los accesos. Esto motivaría la decisión del Cid de retornar por el otro lado del valle llegando a la costa. Ahora bien este paso, muy estrecho, estaba vigilado por el castillo de Bairén y la *Historia Roderici* nos dice que la flota almorávide estaba en las aguas contiguas. Además afirma que Muhammad con un gran ejército almorávide y andalusí le cerraba el paso en Bairén. Este relato ofrece muchas dudas porque si el ejército se había trasladado desde Játiva, el Cid tendría los pasos del norte disponibles. Por otro lado Peña Cadiella ocupa un lugar central en el valle de Albaida, por lo que el Cid podía llegar a un paso u otro antes que el ejército almorávide en Játiva (en términos militares se movía en líneas interiores en el valle mientras Muhammad lo hacía en líneas exteriores al norte de la cadena montañosa que lo cierra). La explicación más plausible es que el ejército almorávide se mantuviese en Játiva cerrando los pasos hacia Valencia y confiase en la dificultad del paso de Bairén para dejar una pequeña fuerza apoyada en la fortaleza y la flota. Antes de la aparición de la artillería, una fortaleza (aún menos una flota) no podía cerrar un paso a no ser que se hubiese construido físicamente en él. Sí podía vigilarlo, hostilizar a los que pasasen mediante salidas y quizás algún proyectil de dudosa precisión y servir de apoyo para un ejército que desplegase cerrándolo. Para mantener continuamente abierto el paso había que apoderarse de la fortaleza, pero un ejército podía pasar siempre que procurase no ponerse al alcance de sus proyectiles (menos de doscientos metros para las flechas) y se protegiese contra una salida repentina desde la fortaleza. Probablemente el Cid se encontró con una pequeña fuerza cerrando el paso junto a la costa apoyada por el castillo en las alturas y la flota en el mar. El grueso de ejército almorávide estaría aún en Játiva. Como buen jefe de caballería no dudó en arrollar su débil enemigo con una potente carga asegurando el paso de un ejército muy poco vulnerable, puesto que ya había descargado los suministros en Peña Cadiella. La *Historia Roderici* nos cuenta que al llegar a Bairén el Cid y el rey Pedro «asentaron sus campamentos» y atacaron al día siguiente. Esto concuerda aún menos con la urgencia que tenía el Cid de adelantarse al ejército almorávide en Játiva. Como en otras ocasiones en la *Historia Roderici* parece adecuado interpretar ese «asentó su campamento» por «desplegó su ejército», acción que llevaría a cabo el Cid para impresionar a las reducidas fuerzas almorávides antes de ejecutar la carga. La amenazadora presencia del castillo y de la flota habría causado una cierta inquietud en algunos

elementos del ejército cidiano, pero desde luego no en el propio Rodrigo acostumbrado a salir airoso de situaciones difíciles. Así pues en este caso el elemento facilitador habría sido la elección del más difícil pero menos defendido paso de Bairén.

No sabemos cuál era la disposición del resto del ejército cidiano (infantería, arqueros, caballería ligera) en las batallas campales. Probablemente también intervenían en las maniobras previas para facilitar la carga decisiva. Sólo en Pinar de Tévar, cubriendo los accesos y en Cuarte, defendiendo las murallas de Valencia, está claro el papel de la infantería (peonadas). En campo abierto el Cid debía usarlos junto con la caballería ligera para cubrir sus flancos y evitar el envolvimiento.

Podemos concluir que una parte importante del éxito de las cargas dirigidas por el Cid se basó en una disposición para el combate del conjunto de su ejército, que incluiría infantería, caballería ligera y elementos tanto cristianos como musulmanes, y una serie de maniobras tácticas previas que crearían la oportunidad para la carga decisiva.⁵⁸

5.5. Liderazgo del Cid: al frente de la carga

Hay un acuerdo general en las fuentes sobre la posición del Cid en cabeza de la carga. Ejercer su liderazgo de este modo tendría un impacto inmediato en la moral y cohesión de sus caballeros y facilitaría la elección del momento en que se iniciaba la carga. ¿Podría tener algún otro efecto? Smail⁵⁹ considera que «después de la carga original ya no podía ser controlada» y propone con la analogía de «un proyectil de un solo uso sobre el cual el comandante sólo tendría la oportunidad de elegir blanco y momento de disparo, pero no podría dirigir posteriormente». El Infante Don Juan Manuel⁶⁰ decía que: «*Ca fasta este lugar cumple el seso, et dende adelante Dios et los buenos omnes sofridores et de grant verguença et de grandes coraçones lo han de facer*». Esta aseveración es absolutamente cierta en el momento del choque, pero ¿sería posible mantener la cohesión tras él y re-dirigir la carga o repetirla? En la caballería de los siglos XVIII y XIX tenemos frecuentes ejemplos. El marqués

⁵⁸ Alejandro Magno, jefe a un tiempo del ejército y de la carga de caballería ejecutada por una fracción del mismo, también utilizó este sistema: FULLER, J.F.C. (1958): *The Generalship of Alexander the Great*. Wordsworth military Library, 1998. Pág. 298, «*Although in his great battles he relied on his Companion cavalry as his main offensive arm, he never brought it into action until he was certain his assault would prove decisive... ... at Arbela he fought a protracted defensive engagemente with his righth flank gurad, wich drew his enemy and thereby cretaed the opportunity for his decisive cavalry charge*».

⁵⁹ SMAIL, R.C. (1956). *Crusading Warfare*. Cambridge university press, 1995. P. 114.

⁶⁰ Citado por GARCÍA FITZ en *Castilla y León frente al Islam*, p. 399.

de Valdecañas⁶¹ cargó contra el ala derecha austracista en Villaviciosa y, tras desbandar a su caballería, regresó para cargar por la retaguardia a la infantería enemiga, decidiendo la batalla para el bando borbónico. Más cercano en el tiempo, el movimiento que dio la victoria a los normandos en la batalla de Civitate (1053), que como observó Fletcher tienen tantas similitudes con el Cid, es muy similar al de la batalla de nuestra guerra de sucesión. La batalla⁶² se abre con una carga de Ricardo de Aversa sobre el ala izquierda papal a la que pone en fuga y persigue y se decide con el regreso de los mismos caballeros de Aversa que cargan de nuevo sobre la retaguardia enemiga. ¿Cómo se ejecutaba este movimiento? El citado De Brack⁶³ responde de este modo a la pregunta ¿Qué debe hacer el Jefe de Caballería una vez iniciada la carga?: *«Impulsarla por el mando y el ejemplo. Designar algunos caballeros de confianza que se convierten en el núcleo duro de la reorganización, Si la carga sigue avanzando (después del primer choque) ese núcleo duro avanza con ella, si los jinetes se retiran, ese núcleo lo hace más lentamente sin dejarse dividir, ralentizando la retirada, los vuelve a reunir y tomar de nuevo la ofensiva»*. Por supuesto De Brack habla de unas unidades de caballería perfectamente organizadas, disciplinadas e instruidas. Smail observa una diferencia esencial entre la caballería en época contemporánea y la caballería medieval en la que la carga *«era esencialmente una suma de cargas individuales»*. Como se ha expuesto la hueste cidiana, al menos su núcleo duro, está más cerca en cuanto a disciplina y organización de la caballería dieciochesca que de la descrita por Smail. Además de un grupo de caballeros organizados, disciplinados y bien adiestrados para dirigir la carga hacía falta un líder muy hábil como guerrero individual, pues estarían siempre en el punto de mayor peligro y tendría que atender al mismo tiempo a su propio combate y a comandar la hueste. Por supuesto debía tener un buen y rápido «ojo» táctico para identificar el lugar de reunión y el próximo objetivo con el fin de convertir los resultados de la carga en decisivos en el menor tiempo posible. El Cid reunía, en grado de excelencia, todas esas cualidades. Casi con seguridad esta re-dirección de la carga inicial es lo que llama el PMC «tornada»⁶⁴:

*Treszientas lanças son - todas tienen pendones
Seños moros mataron – todos de seños
a la **tornada** que fazen – otros tantos muertos son*

⁶¹ BACALLAR Y SANNA, Vicente, Marqués de San Felipe (1725): *Comentarios de la guerra de España e Historia de su Rey Felipe V el animoso*. Biblioteca de autores españoles. Madrid, 1957, p. 217.

⁶² HILL, Paul: opus citada, pp. 154-157.

⁶³ DE BRACK: opus citada, p. 254.

⁶⁴ PMC, tirada 51. Corresponde a la batalla de Alcocer.

Esta reunión de la hueste y re-dirección de la carga tendría mucho más efecto si se hacía a un flanco o a retaguardia (aunque De Brack también expone la manera de hacerlo de frente para reiterar la carga. Este sería el modo más difícil y menos efectivo). Para que alcanzase resultados decisivos, la siguiente dirección de carga no sólo aprovecharía el desorden (ya caos) provocado en la formación enemiga por la primera carga, sino que además identificaría un objetivo decisivo, normalmente el comandante enemigo. Resulta llamativo las veces que el jefe enemigo cae en manos del Campeador tras una batalla (García Ordoñez en Cabra, Berenguer Ramón II en Almenar y Pinar de Tévar, podríamos añadir al rey Alfonso en Golpejera) o emprende una rápida huida (Sancho Ramírez y Al-Hayib en Morella y Muhammad ibn Tasufin en Cuarte).

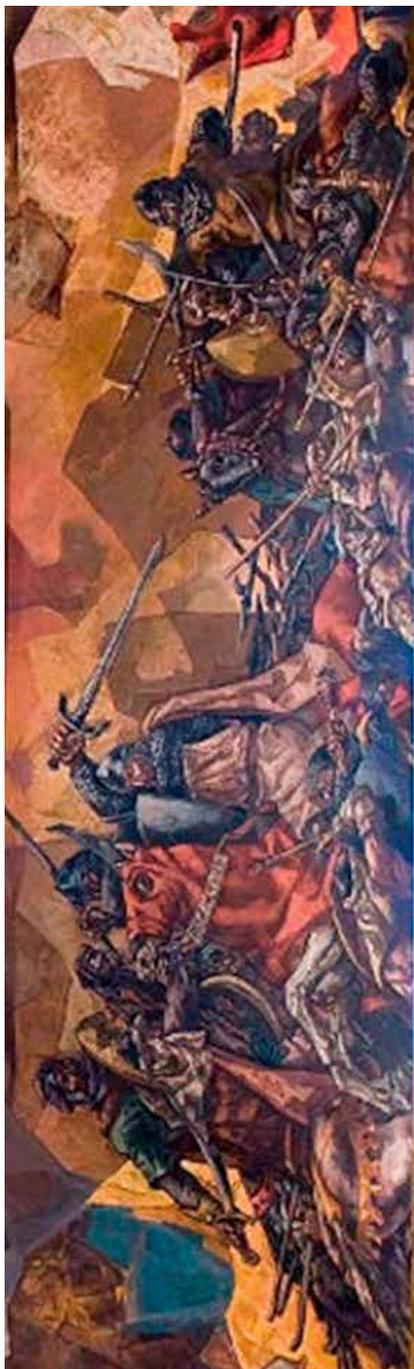
Otros dos elementos son importantes para que se pueda lograr un «tornada»: que el punto inicial del ataque estuviese previamente desorganizado (la oportunidad tratada en el punto anterior) para que la primera carga no encontrase mucha resistencia y que la formación de carga fuese compacta. El infante Don Juan Manuel identifica una formación llamada «*tropel*»⁶⁵ que consistía en una formación compacta y de mayor profundidad que, al contactar la línea enemiga en un solo punto pudiera atravesarla y desorganizarla. El comandante se colocaba en el centro junto al alférez. Los componentes debían ir muy apretados hasta alcanzar el frente contrario. El dispositivo resultante sería una cuña con el comandante en posición avanzada y centrada (puesto de gran riesgo que requería valor y habilidad). Los jinetes, cabalgando rodilla con rodilla (seréement⁶⁶), formaban un auténtico muro. La *Primera Crónica General*⁶⁷ nos dice que Alvar Pérez de Castro usó este dispositivo en la batalla de Jerez (1231) donde consiguió atravesar las siete líneas sucesivas en las que había dispuesto el ejército del rey de Murcia. Aunque no hubiese re-dirección de la carga, parece claro que Pérez de Castro mantuvo la cohesión de la carga (parte de ella) a través de los sucesivos haces musulmanes, no desorganizándose en combates individuales hasta llegar a los últimos.

Evidentemente la «tornada» era una táctica más fácil de comprender que de ejecutar. El poeta no se molesta siquiera en explicarla porque considera que el propio nombre y contexto la hacen entendible. En las batallas de Sagrajas y Alarcos los reyes Alfonso VI y VIII respectivamente lanzaron en primer lugar una potente carga de caballería cuyo efecto pronto se desvaneció en una «*mêlée*» de combates individuales. En Las Navas ocurrió lo

⁶⁵ Citado por GARCÍA FITZ en *Castilla y León frente al Islam*, p. 385.

⁶⁶ NICOLLE, David: opus citada, p. 129 (su descripción es «*hombro con hombro*»).

⁶⁷ *Primera Crónica General*. Bailley Bailliére e hijos. Madrid, 1906. Tomo III, p. 726.



Vela Zanetti, pintura mural de la Diputación Provincial de Burgos. La excepcional habilidad del Cid como jinete y guerrero le permitía seguir liderando la carga de caballería tras el primer choque y, probablemente, redirigirla hacia nuevos objetivos para asegurar la victoria sobre los enemigos

mismo pero la gran visión táctica de Alfonso VIII fue organizar su ejército en tres haces que cargaron sucesivamente, el último de los cuales decidió la batalla atravesando el palenque del Miramamolín y elegir un campo de batalla cuya orografía y vegetación impedía a la caballería almohade sus clásicos movimientos envolventes⁶⁸.

6. *EL CID, PARADIGMA DE LA GUERRA MEDIEVAL*

El caballero representa la cúspide de la escala social y militar de la Edad Media europea y la carga de caballería su táctica por excelencia en el campo de batalla. Reyes, duques, condes, incluso obispos participaban en el combate revestidos de cota de malla, empuñando lanza y espada, montando un caballo de batalla, cargando al frente de su mesnada. La carga alcanzó en esta época una potencia de choque que no había tenido antes ni tendría después, en la Edad Moderna cuando los jinetes empezaron a abandonar su armadura junto con su preeminencia social. Rodrigo Díaz de Vivar alcanzó un extraordinario grado de excelencia en la preparación y ejecución de la carga de caballería que le valió salir victorioso en todas las batallas y, probablemente, su sobrenombre de Campeador. No es extraño que fuese el ejemplo en el que se reflejaron las generaciones de caballeros que le sucedieron en los reinos hispánicos y que la leyenda le revistiese de todas las virtudes y atributos morales de la Caballería.

El Cid logró crear un instrumento militar que, bajo su mando, lograba una eficacia excepcional en un movimiento táctico, la carga, que empleado con oportunidad y sentido táctico decidía a la batalla. ¿Significa esto que la batalla era su principal medio operativo para alcanzar sus objetivos estratégicos como fue el caso de Napoleón? Parece que no. Prácticamente todas las batallas que luchó Rodrigo como Comandante en Jefe fueron impuestas. El Campeador más bien intentó eludir siempre la batalla, ya sea mediante negociaciones y acuerdos (Almenar, Morella), ya sea ocupando posiciones que, por su dificultad, hiciesen desistir a su oponente (Pinar de Tevar). Es cierto que Rodrigo conocía muy bien donde estaban sus fortalezas y no consideró nunca encerrarse en una posición fuerte por tiempo indefinido. Cuando le acorralaban (Pinar de Tévar, Cuarte, Bairén) recurría al contraataque aprovechando la aptitud de sus fuerzas, y de él mismo, para la maniobra rápida y el choque demoledor. En Morella, como de un modo mucho más claro en Almenar, se debía a la visión militar de su

⁶⁸ GARCÍA FITZ, Francisco (2005): *Las Navas de Tolosa*. Ariel, VIII centenario (2012). Barcelona, pp. 534, 535.

Jefe, Al Mutamín Ibn Hud, más inclinado a la batalla campal. Por supuesto también fue el caso de Llantada y Golpejera donde él no tenía responsabilidad en la decisión, que indudablemente se reservaba Sancho de Castilla, aunque sí en la ejecución.

El principal procedimiento operativo del campeador para alcanzar sus objetivos estratégicos, como casi de todos los líderes político-militares de su época, era la incursión o cabalgada⁶⁹. Esta táctica no sólo era un medio para una estrategia más amplia, sino que además era una fuente de recursos esencial para un ejército profesional que vivía exclusivamente de la guerra. También era un procedimiento menos arriesgado y costoso que contribuía a preservar sus propias fuerzas. Cada vez que el Cid lanzaba una carga ponía en riesgo extremo la vida propia y la de sus hombres, sus ganancias y su posición estratégica. El instrumento militar cidiano ganaba batallas, pero también servía para impulsar las cabalgadas venciendo a los que se opusieran a ella o sacándolas de situaciones complicadas.

¿Fue el campeador un innovador? ¿Inauguró una nueva forma de hacer la guerra? La respuesta también es negativa. La técnica de la lanza enristrada se popularizó entre los normandos y cuando llegó a España sería adaptado por casi todos los caballeros cristianos que empleasen la carga como principal movimiento táctico (excluyo aquellos que preferían tácticas que podríamos categorizar como caballería ligera). Sí es cierto que dio una potencia acrecentada a la carga de caballería que Rodrigo, y todos sus iguales, tenían como procedimiento de combate fundamental. La permanencia y profesionalidad de su hueste fue consecuencia del destierro. Con toda probabilidad, nunca hubiese logrado el mismo resultado si hubiese mantenido una posición de señor feudal al uso en Castilla. Por otro lado, sus cualidades personales son intrínsecas y están ligadas a una larga experiencia guerrera, no fruto de un nuevo sistema de aprendizaje o difusión de nuevas teorías. Su famosa «carga tornada» es un procedimiento táctico que, como hemos visto, requiere muchas condiciones para su ejecución. Si esas condiciones (de la hueste y del jefe) no están presentes no es posible realizarla en el terreno sólo conociéndola teóricamente. Además no es un procedimiento fijo y reglado, sino que depende de una hábil percepción de la situación táctica, del momento y de la apreciación subjetiva del estado de la moral propia y del enemigo. Probablemente algunos líderes contemporáneos y posteriores al Cid lograron alguna vez ejecutar esta táctica, siquiera de modo parcial.

⁶⁹ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000, p. 402.



Estatua ecuestre del Cid en Burgos (1955), del escultor Juan Cristóbal González Quesada. El Cid fue un excepcional ejecutor práctico de la guerra medieval en casi todas sus modalidades, muy especialmente en aquellas que requerían el uso del movimiento y la maniobra

Entonces ¿dónde radica la singularidad militar del Cid?. Clausewitz nos da una pista⁷⁰: «*la primera, suprema y más trascendente acción juiciosa del hombre de estado y líder militar es determinar el tipo de guerra en que está embarcado, sin equivocarse en el juicio y sin tratar de transformarla en algo ajeno a su naturaleza*». Las formas de la guerra están condicionadas por la situación social, política, ideológica, cultural y económica en las que desarrollan, por el nivel tecnológico de su época y por el clima, orografía, vegetación e infraestructura del espacio físico en que tienen lugar. El Cid llegó a una comprensión plena de la guerra medieval, de sus condicionantes, limitaciones y posibilidades; de sus estrategias, procedimientos operativos, tácticas y técnicas. Poseía de modo natural las cualidades propias de un buen líder militar, valor, determinación, serenidad, energía, golpe de vista, inteligencia, etc., pero además las había cultivado y acrecentado en una vida dedicada a la milicia desde la infancia. Ello le permitió aplicar de manera brillante las estrategias, tácticas y procedimientos medievales desde el combate individual a la gran estrategia. A ello añadimos un aspecto esencial en su vida, en cierto modo relacionado con su carácter pero también con circunstancias externas, que es la independencia política y operativa que disfrutó desde el primer destierro (incluyendo su época en la corte del rey zaragozano en la que gozaba de una autonomía muy por encima de lo habitual,). Todas las cualidades y circunstancias lo convirtieron en un excepcional ejecutor práctico de la guerra medieval en casi todas sus modalidades, muy especialmente en aquellas que requieren mayor uso del movimiento y maniobra como las cabalgadas o la decisión en la batalla mediante la carga de caballería. La eficacia de este movimiento táctico cuando era ejecutada por la hueste cidiana y liderada por el mismo Rodrigo Díaz fue decisiva en muchas, quizás en todas, las batallas en que intervino y, sin duda, le permitió imponerse al adversario en encuentros menores durante el desarrollo de otro tipo de operaciones.

⁷⁰ CLAUSEWITZ, Carlo von (1832): *De la Guerra*. Ediciones Ministerio de Defensa. Madrid, 1999, p. 195.

FUENTES DOCUMENTALES

Fuentes primarias

- Cantar del Mío Cid (CMC)*. Anónimo: *Poema del mio Cid*. Espasa Calpe. Colección Austral, edición de 1975.
- Carmen *Campidoctoris*. BODELÓN, Serafín: «Carmen Campidoctoris: Introducción, edición y traducción», en *Archivum, Revista de la universidad de Oviedo*, n.º 44-45, septiembre de 1994.
- Fuentes árabes*. VIGUERA MOLINS, María Jesús: «El Cid en las fuentes árabes», en *Actas del Congreso Internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999, pp. 55-92. Ayuntamiento de Burgos, 2000.
- Historia Rodeciri*. FALQUE, Emma: «Traducción de la Historia Roderici», en *Boletín de la institución Fernán Gonzalez*, n.º 201, 1983, pp. 339-375.
- Primera Crónica General*. Bailley Bailliére e hijos. Madrid, 1906. Recuperado de: www.bibliotecadigital.jcyl.es

Bibliografía

- CONTAMINE, Philippe: *La guerre au Moyen Âge*. Presses universitaires de France. París, 1980.
- FLETCHER, Richard (1989): *The quest for El Cid*. Oxford University Press. Oxford-New York, 1991.
- GÁRATE CÓRDOBA, Jose María: «La historia militar elude al Cid», en *Revista Ejército*, n.º 825, 2006.
- : «Introducción a la táctica del Cid», en *Revista de Historia Militar*, n.º 15, 1964.
- GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999, pp. 383-418. Ayuntamiento de Burgos, 2000.
- : «War in the Lay of Cid», en *Journal of Medieval Military History*, núm. X, 2012, pp. 61-87.
- (1998): *Castilla y León frente al Islam*. Universidad de Sevilla, 2005.
- : «Combatir en la Península Ibérica medieval: Castilla-León siglos XII a XIII. Estado de la cuestión», en *Imago Temporis. Medium Aevum*, núm. X, 2016, pp. 383-407.
- : *Las Navas de Tolosa*. Ariel, VIII centenario (2012). Barcelona, 2005.
- : «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V centenario de la conquista*. Servicio de publicaciones, Diputación Provincial de Málaga, 1987, pp. 55-72.

- HILL, Paul: *The Normans commanders. Masters of Warfare 911-1135*. Pen and Sword Military. Barnsley, 2015.
- MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *El Cid histórico*. Booket. Madrid, 2001.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1929): *La España del Cid*. Espasa Calpe, 2ª edición, Buenos Aires, 1939.
- MONTANER FRUTOS, Alberto: «La batalla de Tévar», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000.
- MONTANER, Alberto y ESCOBAR, Ángel: *Carmen Campidoctoris o poema latino del campeador*. Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, 311 pp. (Mitos Universales de la Literatura Española: Biblioteca Complementaria).
- MONTANER FRUTOS, Alberto y BOIX JOVANÍ, Alfonso: *Guerra en Sarq Al'Andalus: Las batallas cidianas de Morella (1084) y Cuarte (1094)*. Instituto de Estudios islámicos y del oriente próximo. Zaragoza, 2005.
- MORETA VELAYOS: *Myo Cid, el campeador*. Semuret. Zamora, 2000.
- NICOLLE, David: *Medieval Warfare Source Book*. Brockhampton Press. London, 1995.
- PORRINAS GONZÁLEZ, David: «Una interpretación de campeador: el señor del campo de batalla», en *Norba. Revista de Historia*, Vol. 16, 1996-2003, pp. 257-276.
- : *EL CID, Historia y mito un Señor de la Guerra*. Desperta Ferro ediciones. Madrid, 2019.
- SMAIL, R.C. (1956): *Crusading Warfare*. Cambridge university press, 1995.
- SENAC, Philippe y LALIENA CORBERA, Carlos: *1064, Barbastro*. Gallimard, 2018.

Recibido: 19/10/2021

Aceptado: 23/02/2022